

## Don José de San Martín y la independencia Sud-Americana

Antes de dar a conocer la inmensa obra que le cupo en la independencia de los países meridionales de la América del Sur, diré a grandes rasgos algunas noticias acerca de su vida.

Don José de San Martín nació en Yapeyú, aldea próxima al río Uruguay, en la provincia de Misiones, el 25 de Febrero de 1778; era hijo de un capitán español. A los 8 años se trasladó con su familia a España en donde ingresó en unos de los mejores establecimientos de instrucción militar que existía en Madrid. A los 21 años dejó las aulas para pasar a Cádiz en calidad de ayudante del Gobernador de aquella plaza. Amigo de su jefe inmediato tuvo ocasión de relacionarse con los más notables generales españoles de aquella época y de iniciarse en la política de Europa, estudiándola especialmente en relación a los intereses americanos. Le correspondió actuar en la lucha contra los franceses llegando a obtener el grado de teniente coronel. Cuando se decidió regresar a América era ya un militar aguerrido y lleno de experiencia. En Cádiz entró en relaciones con algunos americanos prominentes y apenas tuvo conocimiento del paso dado por sus compatriotas en Mayo de 1811, volvió su atención hacia su tierra de origen y resolvió ayudarla. En Marzo de 1812 llegaba a la capital del Reino Unido junto con dos compatriotas: Carlos de Alvear y Matías Zapiola.

Una vez en América pudo cerciorarse que la revolución estaba militarmente mal organizada, que los ejércitos carecían de consistencia, que las operaciones no obedecían a ningún plan; en una palabra que no existía una organización ni una política militar. En consecuencia se contrajo seriamente a la tarea de fundar una nueva escuela de táctica, de disciplina y de moral militar mediante la formación de oficiales, creación de un plantel de cadetes y organización de un escuadrón de Granaderos a caballo.

Al mismo tiempo que aplicaba la táctica y la disciplina a la milicia, se ocupaba en hacerla extensiva a la política para organizar, en uno y otro terreno, las fuerzas morales y materiales, con que debía combatir y vencer, teniendo ambas por objeto la independencia americana.

San Martín sin sospechar las fuerzas explosivas que la revolución encerraba en su seno, pensaba que era necesario organizar los partidos militares y disciplinar las fuerzas políticas para dar unidad y dirección al movimiento revolucionario. Un núcleo poderoso de voluntades, una organización metódica de todas las fuerzas políticas que obedeciesen a un mecanismo, una dirección inteligente y superior que dominase colectivamente las evoluciones populares y las grandes medidas de los gobiernos, preparando sucesivamente entre unos pocos lo que debía aparecer en pú-

blico como el resultado de la voluntad de todos, tal fué el plan que concibió y llevó a cabo por medio de la organización de una institución secreta calcada sobre el plan de las de Cádiz y Londres que denominó *Logia de Lautaro*.

El objeto de la logia era trabajar con sistema y plan en favor de la independencia de la América y de su felicidad. Mitre refiriéndose a la logia dice: «Condenable en tesis general aun como institución revolucionaria en un pueblo democrático, produjo en su origen bastantes bienes y algunos males, que inclinan la balanza en su favor». En la política exterior a ella se debió el espíritu de propaganda americana de que se penetró la revolución, y en especial el mantenimiento de la alianza argentino-chileno.

San Martín con su genio concreto, dióse cuenta de las causas de las victorias y de las derrotas de los ejércitos patriotas y realistas, en la provincia de Salta. Al medir las distancias y estimar los obstáculos, había comprendido que la parte septentrional de la argentina, no era el camino estratégico de la revolución sudamericana, y que la lucha se prolongaría estéril e indefinidamente mientras sus condiciones y bases no variasen.

Surge entonces en su mente la idea de llevar la guerra por el Oeste trasmontando los Andes, ocupar a Chile, dominar el mar pacífico y atacar el Bajo Perú, por el flanco; admitiendo simplemente como suplementarias y concurrentes en segundo orden las operaciones militares por la frontera Norte.

En Agosto de 1814 el ex-general del Norte, era nombrado Gobernador Intendente de Cuyo a solicitud suya, a fin de reparar su salud quebrantada, pero principalmente con el fin de dar comienzo a sus planes. Se apresuró a estable-

cerse en Mendoza, punto de tránsito indispensable entre la República Argentina y Chile, de donde podía informarse diariamente del estado de los acontecimientos que tenían lugar al otro lado de la Cordillera.

La situación de la revolución de Chile, no era en manera alguna lisonjera; se hablaba en la víspera de grandes derrotas. La noticia del desastre de Rancagua llegó a Mendoza el 9 de Octubre y poco después comenzaban a descender a la llanura los jefes derrotados, los soldados dispersos y las familias comprometidas, que buscaban una tierra más segura. El arribo de los emigrados de Chile fué para San Martín la confirmación de la necesidad de poner en práctica su proyecto. Entre los emigrados iban individuos de los dos bandos contrarios que en Chile habían provocado la pérdida de la patria. Las discordias continuaron en el territorio argentino, viéndose obligado el Gobernador de Cuyo a tomar serias medidas. Acordó su amistad a O'Higgins, con el cual armonizaba más su carácter, y a Carrera y sus principales cabecillas los apresó y arrojó fuera de su gobernación poniéndolos a disposición del Gobierno Central de Buenos Aires. Desde entonces no pensó más que en formar un cuerpo de tropas capaz de defender su territorio y bastante fuerte más tarde para invadir a Chile. La provincia que mandaba era pobre, despoblada y extraña por decirlo así al movimiento revolucionario de la América; San Martín, sin embargo, allanó todas las dificultades con una paciencia verdaderamente heroica. Pidió al Gobierno de Buenos Aires algunos auxilios de tropas, armas y dinero que obtuvo con grandes dificultades y en pequeño número. Solicitó donativos patrió-

ticos y exigió contribuciones extraordinarias en dinero y en especie; finalmente estableció entre sus tropas la rigurosa disciplina, mediante un trabajo de organización que lo absorbía completamente.

Mientras se acumulaban los elementos materiales y se les daba distribución, estudiaba su próxima campaña examinando el terreno y tratando de penetrar en los secretos del país en que se proponía operar.

San Martín supo aprovechar hábilmente del descontento que reinaba en Chile, para preparar la realización de sus vastos planes. Por medio de destacamentos de tropas sabiamente distribuidas en los desfiladeros de la Cordillera, se apoderó de todas las cartas que se dirigían de una a otra parte de los Andes. Por medio de esta correspondencia adquiría noticias de lo que ocurría en Chile y logró hacer llegar a este territorio informaciones falsas, pero muy bien calculadas para ocultar sus proyectos y trabajos. Usó además de muchos otros medios para inspirar confianza al Gobernador. Marcó del Pont, y distraer por medio de guerrillas las fuerzas españolas residentes en el país.

En los primeros días del año 1817, el ejército patriota salía de Mendoza con rumbo a Chile. El 12 de Febrero tenía lugar el primer encuentro entre las fuerzas del Ejército de los Andes y los españoles mandados por el general Maroto. El resultado nos es muy conocido; las tropas realistas fueron completamente derrotadas. Desgraciadamente el general San Martín en esta ocasión, cometió tres errores, dos de mero detalle, pero uno trascendental que tuvo influencias funestas. A causa de ellos se prolongó una campaña que debió terminar inmediatamente y

vióse obligado a dar cuatro nuevos combates para consolidar la reconquista chilena, retardando por tres años la prosecución de su gran empresa. Los errores son los siguientes: en primer lugar la reconcentración del vencedor en el campo de batalla en la noche del 12 de Febrero, limitándose a la persecución de los dispersos por la caballería sin extenderla al menos hasta Colina, fué exceso de prudencia que sólo se explicaría por el cansancio de las tropas.

En segundo lugar, el no haber perseguido a los fugitivos por el camino de Valparaíso en vez de acudir a la capital evacuada dando lugar a que se salvaran 1,600 hombres que pasaron al Perú. El último error, que es a su vez el mayor, fué el no asegurar los frutos de la victoria, iniciando con actividad la campaña del Sur de Chile antes que el enemigo tuviese tiempo de reaccionar a pesar de haberlo previsto él mismo en su plan de campaña del año 16.

El 5 de Abril de 1818, se dió el golpe de gracia a las tropas realistas mandadas por Osorio, quedando desde ese momento definitivamente afianzada la independencia de Chile.

El general San Martín después de Maipo, lo mismo que después de Chacabuco, se puso en viaje para Buenos Aires, seguido de sus inviolables compañeros, con el fin de interesar a su patria por segunda vez en favor de sus proyectos y de concertar con Pueyrredón y la Logia los medios de llevar a cabo la expedición al Perú. Poco tiempo después de su llegada a Buenos Aires solicitó de Pueyrredón y sus Ministros un auxilio de \$ 500,000 en dinero y esperaba a su vez obtener de Chile una cantidad igual. Después de algunas deliberaciones se acordó proporcionarle esta cantidad. Por desgracia algunos días

después el Gobierno le avisaba oficialmente que no podría facilitarle la suma prometida. San Martín estimó esta negativa como un agravio y renunció conjuntamente su puesto de general de los Andes ante el Gobierno argentino y de jefe de las tropas chilenas ante el Gobierno de Santiago.

Tanto O'Higgins como los patriotas comprendieron que el mantenimiento de la independencia sería imposible mientras no se formase una escuadra que dominara el pacífico. Esta empresa a la cual se dedicaron de lleno los chilenos encontró una serie de dificultades casi insalvables, motivadas principalmente por la angustiosa situación financiera, o más bien dicho miseria en que se encontraba la Nación Chilena. Los apremios del erario eran tan graves que el Gobierno recurrió a los medios más dolorosos para disminuir sus gastos. Uno fué insinuar a San Martín la conveniencia de hacer reparar los Andes a los Oficiales que no ocupasen un puesto activo en el ejército y reducir a la mitad el sueldo de los agregados al Estado Mayor.

Por otra parte se hicieron diversas tentativas en el extranjero para proporcionarse recursos por medio de empréstitos u otros medios, pero todos fracasaron; la empresa aparecía cada vez más obscura, pues nuevos obstáculos se iban agregando a los anteriores. Entre ellos podemos mencionar la campaña del partido carrerino que fomentaba la animosidad contra los jefes argentinos, propaganda que encontraba una amplia acogida en el sentimiento nacional.

San Martín al ver que Chile le negaba, como él pensaba, la cooperación, creyó que existía una gran rivalidad contra el ejército de Los Andes, del cual participaban los

Poderes Públicos y que los entorpecimientos y dilaciones que retardaban los preparativos de la expedición, provenían de que se tenía el deliberado propósito de obligar al ejército a reparar Los Andes.

La explicaciones de O'Higgins no las estimó satisfactorias, y escribió al director Rondeau pidiéndole que hiciese reparar Los Andes al ejército. Al meditar sobre este hecho se plantean una serie de suposiciones que nos dan cierta luz sobre los fines que perseguía al tomar tal resolución. El Gobierno de Chile dió otra prueba de su sinceridad, al enviar a fines del año 18 a don Antonio José de Irisarri a Buenos Aires a estipular definitivamente en ese país, los términos del tratado en que debía realizarse la expedición.

Más o menos en la mitad del año 19, una nueva dificultad se presenta. Ya desde principios de este año, comenzaron a llegar a América las noticias alarmantes, transmitidas por los agentes secretos que los países revolucionarios mantenían en Cádiz, de que Fernando VII, restaurado en el trono de España, preparaba una expedición con el fin de recuperar el antiguo virreinato de Charcas. El Gobierno argentino creyó necesario reconcentrar a su alrededor las fuerzas militares dispersas y entre ella incluyó a las de Chile.

Mientras tanto el Gobierno chileno que jamás abandonó la idea de la expedición, abría propuestas para vestir y conducir el ejército al Callao. Fué aceptada la de una sociedad titulada «Solar, Peña, Sarratea y Cía.», y se envió a Buenos Aires al Ministro Zañartu para pedir su ratificación.

En esta época la República Argentina se encontraba destrozada por la anarquía. Algunas provincias, encabezadas por las de Co-

rrientes, Entre Ríos y Santa Fe se habían sublevado; pedían la descentralización del poder, la implantación del federalismo. Ante estas circunstancias el Presidente Rondeau ordenó a San Martín concurrir con su ejército a combatir a los caudillos del movimiento. El general comprendió claramente que el cumplimiento de esta orden, importaría la disolución de su ejército y se negó a obedecerle, para no pensar más que en llevar a cabo la proyectada empresa.

En Mendoza pasó la mayor parte de ese año, preocupado de los grandes conflictos que amenazaban la suerte de su país y por otra parte, a pesar de su decepción, atento a los preparativos de Chile y reuniendo recursos en la provincia de Cuyo.

El espíritu público de Chile no decayó durante el año 19. O'Higgins se propone llevar la guerra al Perú, aun cuando se realizase la expedición española. La desobediencia de San Martín, puso fin a la alianza que había dirigido desde 1817, las relaciones internacionales de Chile y las Provincias Unidas y en consecuencia Chile continuaba solo, haciendo frente a la empresa. Por fin en Abril de 1820, el Gobierno chileno comunicaba a San Martín, que ya se disponía de todos los recursos necesarios para realizar la expedición.

El 6 de Mayo era nombrado general en jefe del Ejército Libertador y el 28 del mismo mes, se encontraba en Valparaíso, venciendo los últimos obstáculos para la salida de la escuadra. Tres meses después, el 20 de Agosto de 1820, se hacía a la vela tripulada por 4,799 hombres, bajo la protección de la bandera chilena.

Désde el momento de emprenderse la expedición al Perú, la revolución sudamericana iba a con-

centrarse, operando en el corazón del Continente. Las dos grandes masas batalladoras del Sur y del Norte, al seguir opuesto itinerario persiguiendo un mismo objetivo, estrechaban el círculo de los realistas y se preparaban a dar el golpe de muerte, al poder colonial, en su baluarte. El virreinato del Perú al estallar la guerra de la independencia, ocupaba un vastísimo espacio del Continente. En contacto marítimo con Chile y limítrofe con Quito y las provincias del río de la Plata, su posición central permitía mantener en jaque a los territorios circunvecinos e irradiar su acción al Sur y Norte de la América.

Lima era el foco de este imperio colonial, y el Callao dueño de la navegación, y del comercio de monopolio; su escuadra y ejército estaban al amparo de fortalezas y cañones que lo hacían inexpugnable. Las fuerzas del virrey en el año 20, podían calcularse en unos 12,000 hombres, repartidos en Lima, donde estaba el mayor número, Arequipa, Guayaquil, Guaura y otros lugares.

Los mismos bandos políticos en que estaba dividida la opinión pública de España, los encontramos entre los españoles de América.

Estas fracciones eran la de los absolutistas, que sostenían el restablecimiento de los principios absolutos, suspendidos temporalmente por la constitución del año 12, y la de los constitucionales que por el contrario exigían se pusiese nuevamente en práctica los principios de esa constitución. En el Perú el principal representante del espíritu liberal, era el general La Serna, quien había organizado una Logia destinada a combatir al bando absolutista, encabezado por el virrey Pezuela. En consecuencia, San Martín tenía en Lima varios puntos en que apoyarse: los carolinos, los cabildos y el desarrollo que la re-

volución había tomado con las propagandas y las divisiones que obstaculizaban la labor del virrey.

El 7 de Septiembre la escuadra chilena llegaba al puerto de Caracas y al día siguiente avanzaba hacia el pueblo de Pisco. Aquí San Martín concibió su admirable plan de campaña, basado en el proyecto que le enviara un patriota peruano, don José de la Riva Agüero. Este plan podía condensarse en pocas palabras: bloquear a Lima, privándola de recursos de subsistencias y estrechando al virrey en Lima, por la revolución. Con este objeto, puso en práctica todos los medios que podían contribuir a aislar la capital del resto del país, mediante la formación de montoneras y principalmente, de las partidas de tropas que impedirían todo auxilio a Lima.

El 12 de Septiembre el virrey hacía publicar y jurar la constitución peninsular, restablecida después de la revolución de Cádiz. Al mismo tiempo dictaba diversas medidas tendientes a detener el avance de San Martín y entablaba negociaciones con éste, enviando al objeto tres plenipotenciarios. Las reuniones tuvieron lugar en el pueblo de Miraflores, pero ellas no condujeron a ningún resultado. San Martín dió a conocer en seguida, mediante ciertas comunicaciones, los verdaderos fines que persiguió al acceder a la invitación del virrey. Trató de adquirir noticias exactas del estado de Lima, la situación del Ejército; y los límites de las concesiones que haría el Gobierno de Lima en las circunstancias presentes.

Terminadas las negociaciones, una división de cerca de 1,000 hombres, mandados por el general Antonio Alvarez de Arenales, recibió órdenes de internarse en el país, recorrer una vasta extensión de la sie-

rra, proclamar la independencia del Perú en todos los pueblos que ocupase, y marchar a reunirse con el resto del ejército, que iría a situarse al Norte de Lima.

Si damos una mirada más al Norte, veremos que en esta época se verificaban hechos de suma trascendencia en el departamento de Guayaquil. Se había sublevado contra el Gobierno español y puesto bajo la protección del ejército libertador.

La revolución se había efectuado de una manera por demás pacífica, sin derramamiento de sangre, pues tanto el pueblo como el ejército habían marchado unidos. En seguida se dieron una constitución provisional en la que se declaraban independientes con libertad para plegarse a cualquiera de las repúblicas americanas.

Por otra parte San Martín a fines de Octubre, reembarcaba sus tropas y se dirigía al puerto de Ancón, disponiendo que las naves de guerra mantuviesen un estrecho bloqueo en el puerto del Callao. El 5 de Noviembre, Cochrane, por medio de un audaz golpe se apoderaba de la nave de guerra más poderosa, la *Esmeralda*, arrebatando de esta suerte al virrey, el prestigio de su marina de guerra, que desde ese día, quedó reducida a la impotencia. Siguiendo el desarrollo de los acontecimientos, observemos ahora a la división de Arenales.

A pesar de la lucha contra los elementos naturales, la primera campaña de la sierra fué una inspiración original y en su género, un modelo de la guerra de montaña en América. Como movimiento estratégico fué el más osado y bien conducido de la expedición del Perú; popularizó la invasión sublevando el país en su trayecto, derrotó moralmente a los ejércitos

realistas y exploró la región, dentro de la cual debían librarse las últimas batallas de la independencia sudamericana.

La resistencia más seria fué la presentada por el brigadier Diego O'Reilly en el cerro de Pasco. San Martín tres días después de la toma de la *Esmeralda*, reembarcaba sus tropas e iba a situarse en el puerto de Huacho, tomando posesión del importante valle del Huaura. La provincia de Trujillo que estaba a cargo del marqués de Torretal, después de un intercambio de correspondencia, pasaba a cobijarse bajo el escudo de la patria. Este ejemplo fué seguido por varios otros pueblos, terminando el año 20 con la incorporación a la causa de la revolución, de todo el territorio situado al Norte de Huaura hasta Guayaquil.

San Martín avanzó a la línea de Chancai, para cubrir a Arenales que bajaba de las sierras y regresó en seguida al punto de partida a causa de la insalubridad del lugar y falta de recursos. Tal determinación fué recibida con desagrado por los patriotas al ver la lentitud con que marchaban las operaciones. Bulnes, refiriéndose a este hecho dice: «Es indudable que el plan era lógico y dió buenos resultados, pero también es verdad que aquel día se dejó pasar la más brillante oportunidad de haber derrotado al enemigo en Retes y afianzado en esta ocasión, la independencia del Perú».

Todo aquello que fuese desgraciado para la causa de España, era imputado al virrey por los constitucionales; éstos últimos resolvieron destituirlo, acto que llevaron a efecto a fines de Enero del año 21 y dieron el mando supremo al teniente general José de la Serna. A los pocos días invitó a San

Martín a entablar negociaciones, las que se realizaron en la hacienda de «Torreblanca», pero como en las reuniones anteriores, no se llegó a ningún resultado; los realistas ofrecieron la constitución española y los patriotas exigieron la independencia. La situación de los dos ejércitos beligerantes en la primera mitad del año 21, no era del todo favorable. Lima se hallaba en los extremos de la angustia y del hambre, su ejército se diezaba sin combatir y la opinión pública exigía se pusiese término a esta situación dolorosa.

El ejército de Los Andes estaba en su mayor parte imposibilitado para combatir, a causa de una terrible epidemia que se había desarrollado en Huaura y la escuadra desprovista de recursos, corría el peligro de disolverse.

El Gobierno de España el año 20, envió emisarios a diversos puntos de América, con la misión de hacer todos los esfuerzos posibles por llegar a un acuerdo con los pueblos y mantener así la unidad de su imperio colonial. Para el Perú fueron designados, el brigadier Rodríguez Arias, que murió de fiebre (en Panamá), y el capitán de fragata Manuel Abreu. Las negociaciones se abrieron el 3 de Mayo, y duraron 52 días sin llegar a un resultado definitivo. San Martín ofreció la paz bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento de la independencia absoluta del Perú; formación de una regencia compuesta de tres miembros nombrados uno por la Serna, otro por San Martín y el tercero, por elección popular, que gobernase interinamente y por último el envío a España de dos coque viniera a ocupar el trono del Perú. Los jefes españoles no aceptaron tales puntos, viéndose obligados para pedir un príncipe

gado La Serna a rechazar la proposición.

El 6 de Julio del año 21, el ejército dirigido por el virrey evacuaba la ciudad, pues la situación se había hecho insostenible.

Rodeado por el ejército, más la presencia de la escuadra en el Callao, impedían todo auxilio del exterior; las epidemias y el hambre eran el azote de la ciudad. Este hecho que a la simple vista parece tener una gran trascendencia, al estudiarlo a fondo, sus grandes proporciones se empuerquecen.

La ocupación de Lima de ninguna manera significaba la independencia del Perú, pues las fuerzas realistas, se habían trasladado a la sierra y era allí donde debía decidirse. La Serna en cambio demostró en esta ocasión una gran pericia militar. Se trasladó a la sierra donde el clima era más salubre y ocupó las provincias de mayores recursos, tanto en hombres como en cabalgaduras y bastimentos. San Martín a este movimiento no le dió la debida importancia; pensó únicamente que la posición de Lima le daría el triunfo definitivo. Verdaderamente su conducta da lugar a serios reproches por las razones siguientes. Areñales había partido al interior del país, hacía más o menos tres meses. Si bien era cierto que su ejército, no era muy numeroso, pues contaba unos 2,200 hombres, podía fácilmente haber destrozado, a una orden de San Martín, el ejército de La Serna, que como sabemos iba completamente desorganizado a causa de la desertión y de la debilidad de sus hombres.

Parece que influyeron enormemente en esta inercia militar, dos hechos principales: la posible rebelión del ejército, pues desde hacía tiempo veníase notando en él cierto malestar y de que el país una vez

entregado a sí mismo, fuese a caer en la anarquía, igual que su país. Esperaba por consiguiente que los dos ejércitos contrarios llegasen a un acuerdo y se estableciese un gobierno, que contase con el apoyo de los dos bandos.

Una vez desalojada la ciudad, San Martín que ya había trazado sus planes, no se apresuró a ocuparla, sino que esperó a que se pronunciase para presentarse él no como conquistador, sino como auxiliador y protector. No penetró a la ciudad sino cuando una delegación del Cabildo vino a ofrecerle la ciudad para que la tomase bajo su protección. El 10 de Julio hizo su entrada de incógnito, como era su costumbre, acompañado tan solo de un ayudante. Al día siguiente se publicaron varios bandos, prohibiendo se injuriase a los españoles, disponiendo que se abriesen las casas de negocios, que los Tribunales administrasen justicia, etc. Por medio de una proclama llamó a las armas a los habitantes de los departamentos libres, prometiendo terminar la campaña en 40 días si los pueblos lo acompañaban. No era del todo imposible si la palabra hubiese sido acompañada de la acción, pero lejos de esto no sólo no dió nuevo impulso a la guerra, sino que la paralizó cometiendo graves errores militares que revelaban la falta de un plan fijo de operaciones. Había querido hacer una campaña pacífica de evoluciones y de astucias, conquistando pueblos y voluntades sin batallas y el éxito coronaba sus designios en cuanto al plan inmediato, la posesión de Lima centro aparente del movimiento reaccionario. Pensaba que el enemigo quedaba inhabilitado para reaccionar y que gastaría sus últimas fuerzas en el aislamiento, que el país sublevado intervendría a su tiempo y prepararía sin arries-



gar nada el triunfo definitivo. Este sistema lento se fundaba en que las fuerzas populares, no habían hecho causa común con los libertadores como sucediera en Chile. El país aun no había respondido a su llamado, a excepción del pronunciamiento de Trujillo y del alistamiento de guerrillas; ningún movimiento revelaba el fermento revolucionario, ni en las clases altas ni en el pueblo. No se atrevía a realizar una campaña por no contar con las fuerzas revolucionarias del país.

La ciudad de Lima se hallaba en un extraño estado de confusión. Los españoles que constituían la clase pudiente estaban perplejos. Si se negaban a aceptar el partido del vencedor, podían correr el riesgo de ver confiscados sus bienes, y por otra parte debían temer la venganza del antiguo gobierno en caso de que lograse reconquistar el poder. Los naturales por otro lado dudaban en la sinceridad de San Martín y de los medios para cumplir sus promesas. Esta situación embarazosa era el resultado de la falta de un espíritu revolucionario y del sentimiento firme de la nacionalidad, hechos por lo demás muy explicables ya que este país había vivido siempre bajo un gobierno de opresión y de tiranía. Tomada Lima, convocó al Cabildo, el cual, fué integrado con las personas más influyentes y pidió expresasen cuál era la opinión del pueblo, y si se hallaban decididos por la independencia.

### PROTECTORADO DE SAN MARTIN

El Perú carecía de elementos propios de gobierno y no estaba en condiciones de fundarlo. Su opinión era inconsciente y en medio de sus razas antagónicas y elemen-

tos heterogéneos, no existía un núcleo social, político ni militar. No tenía ni un solo hombre que tuviese prestigio ni autoridad moral ante sus compatriotas. Unanue el individuo más sabio, era de carácter voluble y sin energías para sobre llevar el peso del gobierno o para dominar ni aun dirigir la opinión. Torretagle era un mero figurón desacreditado por sus disipaciones. El único militar, Gamarra, había resultado una nulidad. El candidato que poseía cierta aureola de popularidad, era Riva Agüero, espíritu inquieto y caprichoso. Pero el país debía tener un gobierno y esta necesidad se imponía. En tal situación decidióse a fundar una nueva nación, bosquejar su constitución, declarar su independencia y darle un gobierno civil o título de libertador y ponerse a su frente como Protector independiente.

Los jefes de cuerpos del ejército libertador pertenecientes a la Loggia Lautaro, exigieron a San Martín que se hiciera cargo del gobierno hasta la conclusión de la guerra. La fuerza de las cosas le imponía la necesidad de echar sobre sus hombros el Gobierno del Perú, el cual estaba subordinado a las operaciones de la guerra. Delegarlo en manos que no le fueran dependientes equivalía a perturbar la acción militar, por la influencia de un elemento extraño. El título de Protector con que el vencedor se designó a sí mismo, por un decreto, era sinónimo de Dictador impuesto por la lógica de la guerra. Es indudable que desde este momento la figura de este grande hombre empieza a declinar, ya ha rendido todas sus posibilidades y comienza su decadencia como lo demuestran la serie de actos que iremos viendo más adelante. Al efecto, respecto a este asunto es interesante dar a

conocer la opinión que han vertido algunos historiadores como Vicuña Mackenna y el mismo Mitre.

Vicuña Mackenna dice: «San Martín se manifestó inferior a su misión desde que se sentó en el solio de los virreyes del Perú. Su mente parece herida de una súbita parálisis, su acción se apaga, su espíritu se encoge, su grande alma se disipa en vagas quimeras, su cuerpo mismo se anonada a la fatiga. Todos sus planes se resienten desde aquel momento de una especie de fatalismo incomprensible. Parece que su capacidad era únicamente militar y no política». Mitre respecto a esto mismo dice lo siguiente: «San Martín al declararse Protector del Perú abdicaba en cierto modo su gran papel de libertador americano, en el hecho de nacionalizarse como gobernante peruano, y se enajenaba la voluntad y el curso directo de los pueblos y gobiernos cuyas armas mandaba, a la par que no satisfacía del todo las aspiraciones del pueblo libertado, y más bien las contrariaba con sus planes de tendencias monárquicas».

«Lo más grave de esta situación era que el nuevo militar se había destemplado física y moralmente.

Antes de dar a conocer la labor que le cupo como Protector nombraré las personas que lo secundaron en su gobierno. Fué nombrado Ministro de Estado y de Relaciones Exteriores, don Juan García del Río, de Hacienda el sabio peruano Hipólito Unanue y de Guerra y Marina el coronel Bernardo Monteagudo. Analicemos ahora la situación en que se encontraba San Martín a fines del año 1821, después de haber asumido el Protectorado. Múltiples son los factores que contribuyeron a que se encontrara en una situación de aislamiento a la vez que de menoscabo de su autoridad política y militar en el

Perú. El ejército concentrado en Lima sin más objetivo que el Callao, por efecto del abandono de la campaña de la sierra y de las expediciones a puertos intermedios, se hallaba entregado a la ociosidad. Compuesto además de elementos heterogéneos a los que no supo o no quiso colocar en un completo pie de igualdad, prefiriendo y exaltando a unos jefes con desmedro de la rigurosa justicia del mérito y de la antigüedad en los ascensos, había perdido su fe en él y en ella la cohesión y armonía necesarias entre los jefes y oficiales para mantener con éxito el rigorismo de la disciplina indispensable a la tropa. Mientras tanto La Serna estaba sumamente preocupado por la suerte de los defensores del Callao; la guarnición que lo defendía se encontraba sin víveres e imposibilitado por el bloqueo marítimo y terrestre de recibirlo de sus compañeros de la sierra. La Serna preparó entonces una expedición de 3,400 hombres, que entregó a Canterac con el fin de que fuese a auxiliarlos. El general Canterac por medio de hábiles maniobras logró su objetivo que era el de penetrar a la plaza del Callao. San Martín esta vez da lugar a nuevos reproches. Si comparamos los dos ejércitos vemos que el de Los Andes era superior; por consiguiente podía haberle presentado combate y haberlos derrotados. Pero nada de esto hizo y dejó pasar por segunda vez la oportunidad de haber puesto término a la guerra del Perú. La retirada de Canterac, junto con la expulsión del Arzobispo de Lima, obra de su Ministro Monteagudo, concluyeron con la popularidad de que hasta entonces había gozado. Desde entonces le faltó la fidelidad del ejército y empezó a ser abandonado por aquellos que tenía más derecho de considerar adictos. Los

jefes se sintieron humillados creyendo que la retirada equivalía a una fuga, y algunos, siendo de este número Las Heras, presentaron sus renunciaciones para no servir a una causa que marchitaba en el Perú los laureles ganados en Chile. Pocos días después tenía lugar la capitulación del Callao; San Martín desde este momento creyó concluida la guerra del Perú, error bastante grave, por cuanto el ejército real se reponía rápidamente en la sierra.

Los largos incidentes que se produjeron entre Lord Cochrane y el Protector con motivo del pago de la escuadra, contribuyeron un tanto a su desprestigio.

Pero el acto más trascendental que decidió fatalmente del destino del protectorado y del Protector fué el proyecto de monarquizar el Perú, proyecto que le enajenó hasta la opinión del mismo país libertado, y aflojó más los vínculos de la disciplina militar relajados. Al discurrir así, desertaba de su misión, renegaba de su obra, y se aislaba del movimiento revolucionario en América. San Martín creyó que la conclusión de la guerra del Perú debía buscarse en la erección de un trono europeo en Lima. Con este fin fomentó por todos los medios a su alcance el sentimiento monárquico; fundó la sociedad de la Orden del Sol, institución destinada a crear la nobleza del estado independiente. Teniendo siempre en vista el objetivo de monarquizar el Perú, envió a diversos países de América, Ministros, Diplomáticos, encargados de fomentar el sentimiento anti-republicano y de familiarizar a los gobiernos con la idea de la erección del trono de Lima. Esto nos induce a creer que San Martín y su Ministro Monteagudo pensaron en monarquizar la América. Realizados estos preparativos salieron para Europa, dos co-

misionados encargados de buscar el príncipe. Convocó además, para el 1.º de Mayo de 1822, un Congreso general de los departamentos libres del Perú con el objeto de establecer la forma definitiva de gobierno y de darle la constitución que mejor le conviniese. El llamamiento del Congreso y la partida a Europa de los comisionados, fueron la coronación de la política del Protectorado que estuvo contraída a estos afanes mezquinos. Había abandonado por lo tanto el objetivo primordial y exclusivo de su ida al Perú, que era la de procurarle su libertad, para lanzarse a la tarea de su organización interna, a la cual aun no había llegado su hora.

Cuando la nación peruana se hubiese establecido como país soberano, habría llegado el momento de determinar su forma de gobierno. Los agentes peruanos nada hicieron en Europa, fracasando en esta forma la tentativa de monarquizar el Perú.

En Enero de 1822, el general San Martín confió el mando Supremo del Perú al marqués de Torretagle, con el título de Supremo Delegado. Al hacer esa abdicación voluntaria, tuvo indudablemente el propósito de dar ocasión para que se formase un mandatario que pudiese recoger su herencia cuando se retirase del Perú. Torretagle conservó los Ministros del Protector y parece, como lo demuestran los hechos, que fué un instrumento de Monteagudo. Este argentino fué el terror de los españoles primeramente, y de los patriotas después, sus armas favoritas fueron los destierros y las confiscaciones. Llegó entonces para San Martín el momento crítico de su vida; su autoridad reposaba sobre dos bases: una de fuerza que era el ejército chileno-argentino, y la otra moral,

que era la opinión del Perú, que hasta entonces había intervenido como auxiliar de la acción revolucionaria. Ahora todo le faltó a la vez: la opinión y los recursos. Faltóle Chile cuyas simpatías se había enajenado; la Argentina, Colombia que le miraba como a enemigo; el ejército y por fin el pueblo que le reprochaba la conducta de Monteagudo. En Abril un cuerpo de tropas mandadas por Tristán y Gamarra, fueron sorprendidas al N.O. de Ica por las fuerzas de Canterac, sufriendo una desgraciada derrota. En Lima este hecho tuvo honda repercusión; en vano San Martín y Torretagle se empeñaron por disminuir las proporciones del desastre porque la opinión popular, inteligente y desconfiada, había medido con una gran seguridad la magnitud de la desgracia.

Después de la derrota de Tristán en Ica, el Protector miró en todas direcciones en demanda de apoyo. Lo buscó en Chile, en las provincias Unidas y en Colombia. Como no lo encontrara en los dos primeros países entró a tratar con Colombia, pero esto exigía que acordase con el jefe de aquel país, la forma en que debía prestar esos auxilios. Estas diversas solicitudes provenían de que la batalla de Ica le había revelado la urgencia de emprender operaciones activas contra los españoles.

Había preparado un plan de guerra cuyas principales disposiciones eran hacer marchar a las provincias intermedias del Perú, una división de 4,000 hombres, al mando de Alvarado, quien debía penetrar por Arica y provocar el levantamiento, de las poblaciones del Alto Perú y otra a cargo de Arenales debía amenazar el ejército español de Guancayo marchando directamente contra él. Este plan no se ejecutó sino en parte

y después que San Martín se retiró del Perú. El Protector reaccionando sobre sí mismo, y sobre los acontecimientos encaró con firmeza los arduos problemas de ese momento. Cuatro grandes cuestiones lo preocupaban: la de Guayaquil que estaba en suspenso; la de la lucha continental por la emancipación que tocaba a su término; la guerra en el territorio del Perú que se mantenía en un estado crónico, y el sistema político que debía adoptarse. En esta situación lo sorprendió el mes de Julio en que debía verificarse la entrevista con Bolívar, que tanto ansiaba, acontecimiento que tuvo lugar el día 26 de Julio.

Tres días duraron las conversaciones entre Bolívar y San Martín. ¿Qué hablaron, qué resolvieron, qué juicio mutuo se formaron el uno del otro? A pesar de la obscuridad que reina acerca de ellas, la historia puede aceptar como verdades comprobadas, que en ellas se trataron los puntos enumerados anteriormente. De las revelaciones de los contemporáneos se deduce que San Martín fué vencido en los cuatro problemas que se plantearon, porque Guayaquil quedó definitivamente incorporado a Colombia, porque se hizo extensivo al Perú y Bolivia el gobierno republicano de las naciones del N., porque no consintió en prestar auxilios al Perú sino a condición de acaudillarlos él mismo, y, finalmente porque Bolívar puso término a las luchas por la independencia sudamericana.

San Martín ante la imposibilidad de obtener del libertador que le confiara sus tropas, le pidió que pasara personalmente al frente de ellas a librar las últimas batallas en pro de la independencia de América, y se ofreció para servir bajo sus órdenes. Se dió cuenta exacta de la situación y de su deber para

con ella y lo cumplió con una prudente abnegación. Se reconoció vencido como hombre de poder eficiente para el bien y exclamó resignado: «El destino lo dispone así». No se creyó un hombre necesario y pensó que la causa a que había consagrado su vida, podía triunfar mejor sin él: Sin voluntad para transformarse en un déspota y sin el suficiente poder material para terminar la lucha, abdicó. Comprendió que era un obstáculo para la reconcentración de las fuerzas continentales y se apartó del camino abriendo paso a una ambición absorbiente que era una fuerza y cuya dilatación era indispensable en último caso para el triunfo de la independencia sudamericana.

Consecuente con su promesa instaló el primer congreso constituyente del Perú el 20 de Septiembre de 1822. La instalación de un congreso constituyente era una medida extemporánea, puesto que estaba pendiente la guerra. En vez de servirla la dañó, porque distrajo la atención del país de lo que debía ser su única aspiración, ofreciendo un campo abierto a las pasiones de partido y a las intrigas políticas, debilitando la energía revolucionaria y preparando las luchas intestinas en que estuvo a punto de naufragar la causa de la revolución peruana.

San Martín en presencia de los Diputados se despojó de la banda tricolor, símbolo de la autoridad protectoral, dirigiendo la palabra por última vez a los peruanos. Este fué el último acto de su vida pública; ese mismo día se retiró a su residencia en el pueblo de la Magdalena y en la noche se embarcaba en el bergantín *Belgrano* con rumbo a Chile, alejándose para siempre de las playas del Perú.

Su retirada obedeció a múltiples

factores; unos que lo engrandecen altamente y otros que fueron el resultado de un estudio profundo de sí mismo, de los hombres y de las cosas de su tiempo. Previó que en último término su personalidad chocaría con la de Bolívar, porque es indiscutible la gran pasión por la gloria que dominaba a este último. Seguramente Bolívar jamás habría deseado que su gloria fuese debida a la colaboración de otro genio tan grande como él, y que pudiese haberle aminorado su obra. Pero por otra parte hemos visto que San Martín ya no contaba ni con el apoyo de la fuerza ni con el de la opinión pública; no le quedaba entonces otro recurso que eliminarse y dejar que otro pusiese término a la obra empezada. Sin embargo, lo que tiene de grande y de magnánimo es que la adoptó sin amargura, teniendo en vista servir a la causa de la revolución.

Hemos visto también, que su vida pública terminó con el acto de la abdicación, pero su acción se prolongó todavía en la historia, acompañando aunque ausente la lucha de la emancipación sudamericana, hasta su triunfo final, con la desaparición de los últimos restos del ejército de Los Andes. El 9 de Diciembre de 1824, tenía lugar la batalla de Ayacucho, y con ella se ponía término a la guerra de la independencia, quedando asegurada para siempre su emancipación.

En esta batalla final estuvo presente el genio de Bolívar, aun cuando no lo mandase en persona, como también estuvo presente el espíritu de San Martín representado por los últimos soldados de su ejército. Los dos libertadores triunfaban, pero Bolívar coronaba la obra. Su labor es gigantesca; su objetivo fué siempre la independencia sudamericana, y a él subordinó pue-

blos, individuos; cosas, ideas, principios y moral política; sometién-dose él mismo a su regla discipli-naria. Si cometió algunos errores, no debemos admirarnos, porque es una de las características de la na-turalidad humana el errar.

Además debemos tomar en cuen-ta que sus ideas un tanto erradas sobre política, no las sustentó con un deseo contrario a la causa ame-ricana, sino que fueron el resul-tado de los hechos producidos en su país. La antigua unidad argen-tina había cedido el lugar a un fe-deralismo semisalvaje sin nociones de gobierno; pensaba con horror que el Perú fuese a entrar al termi-nar la guerra en esa misma anár-quía. San Martín fué sincero en sus ideas monárquicas, que modifi-có después con el tiempo, y que reconoció noblemente en su vejez, como lo afirman las siguientes pa-labras.

En 1846, escribía a don Francisco Antonio Pinto, y entre otras cosas le decía: «Tiene Ud. razón, su afortunada patria ha resuelto el problema, confieso mi error, yo no lo creía, de que se puede ser repu-blicano hablando la lengua espa-ñola». San Martín no era un hom-bre de gobierno, no poseía los gran-des talentos del administrador, ni tenía las largas vistas del político, no estaba preparado para el ma-nejo directo de los variados nego-cios públicos, que por otra parte le eran antipáticos. Era más bien un político de instinto, un observa-dor penetrante de los hombres y de los hechos; tenía ideas propias y un criterio seguro, dándose exac-

ta cuenta de las situaciones y tra-zaba sin confusión las líneas cuando sus facultades se aplicaban a un objeto determinado.

Para terminar, agregaré que in-tentar hacer un retrato psicoló-gico de este genio militar es una tarea bastante difícil. Su carácter fué extremadamente reservado, sólo en rarísimas ocasiones hizo uso de la palabra en público, fué enemigo de los honores y de los halagos; no ambicionó el poder, y si en algunas ocasiones lo tuvo en sus manos, usó de él teniendo siempre como divisa la independencia americana. Por su gran ideal, constancia, espíritu de sacrificio y desinterés, su nombre figurará siempre como una de las primeras figuras de Amé-rica.

#### BIBLIOGRAFIA

- BARTOLOMÉ MITRE.—*Historia de San Mar-tín y la emancipación sudamericana*. Buenos Aires 1890, 4 vol.
- GONZALO BULNES.—*Historia de la expe-dición libertadora*.
- B. VICUÑA MACKENNA.—*El General San Martín*.
- ERNESTO DE LA CRUZ.—*La entrevista de Guayaquil*.
- CARLOS SALAS.—*Bibliografía del General San Martín y de la emancipación sud-americana*.
- DIEGO BARROS ARANA.—*Historia General de Chile. Historia de América*.
- CARLOS AROCHA MORENO.—*Bolívar juz-gado por el General San Martín*.
- VICTORINO CABRAL.—*Estudio sobre la His-toria de San Martín, precedida de un paralelo entre San Martín y Bolívar*.
- ROMUALDO DE LA FUENTE.—*Biografía del ilustre General Americano José de San Martín*.
- JOSÉ C. SOTO.—*Antecedentes e inaugura-ción del monumento erigido a la memoria del General José de San Martín*.